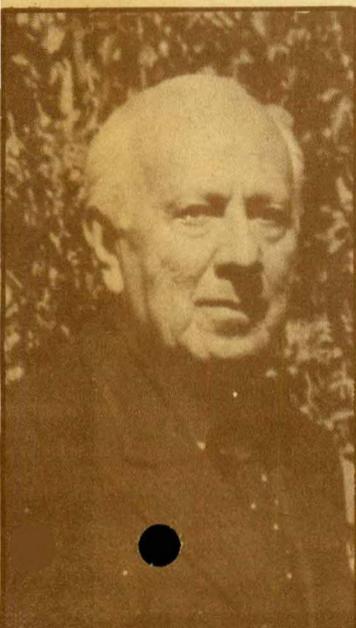


Otra vez frente al papel desnudo

No Podemos...

POR ALEJANDRO GÓMEZ ARIAS



Gómez Arias... trances más angustiosos.

sobre la vida pacífica, normal y segura del país? Pensámos, tal vez, en algunos momentos de nuestro acontecer en las últimas semanas. No los comentaremos todos —como sería deber del observador— pero sí algunos.

El candidato a la Presidencia de la República —ahora presidente electo— cerró su campaña con un discurso ya largamente analizado. Lo he leído sin prejuicios. Quien lo pronunció fue amistoso y cordial en esta casa y en la de SIEMPRE! Pero también, por ello, debo ser sincero.

En primer término se advierte que el candidato no ha logrado aún desprender su personalidad de maestro de la que ahora posee. La exposición casi didáctica —así sea matizada por ciertos periodos emotivos— no es suficiente para provocar el entusiasmo y la adhesión que el estadista, en tan graves circunstancias, como las presentes, necesita. El lenguaje político no es el de la cátedra. Por otra parte él ha dicho que no hará un gobierno tecnocrático, pero lo cierto es que hasta ahora, el grupo que lo rodea, es de tecnócratas. Tecnócratas subdesarrollados, si se quiere, que con un poco de Oxford o de Harvard creen poder ordenar un país desesperado.

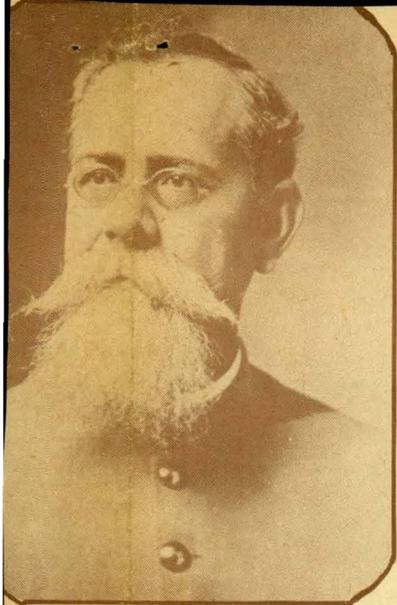
Digamos también que la gran interrogación —que no se escuchó en la gira, ni en las palabras finales— es aquella cuya respuesta definiría si la nación desea y busca cambios en nuestras planeaciones políticas.

Otra vez frente al papel desnudo y blanco. ¿Qué ha ocurrido en los días de ausencia? Leo los hechos. Escucho el relato del pasado reciente. No encuentro motivos de optimismo. Mejor sería cerrar los ojos. Ignorar. Y aun recoger —como tantos— un puñado del botín. No podemos. Hay horas de hablar y tiempos de silencio, dicen los prudentes, los sabios. ¿Es éste el de callar? No podemos.

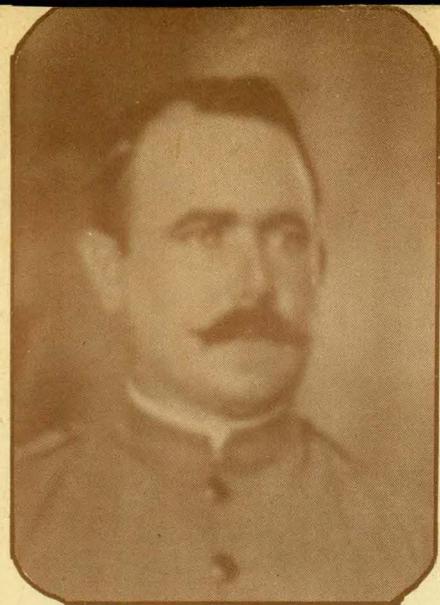
¿Por qué sufrimos temores y dudas

económicas y sociales y cómo deben realizarse. Sabemos que todos los quieren. Los hombres que manejan la riqueza del pueblo, desde las empresas —transnacionales o no— y la gran burguesía de la revolución o la burocracia, pretenden modificaciones supuestamente realistas y pragmáticas que guarden su bienestar aun cuando conduzcan a mayor dependencia. Por su parte los grupos mayoritarios sienten la urgencia de medidas progresistas, de nuevos propósitos. El equilibrio de estas tendencias es irrealizable y quien lo proponga se inclina, en realidad, a la derecha. Pesa, quizá demasiado, en todo el discurso la concepción de las normas constitucionales como medios supremos y suficientes para cumplir el progreso social. Reaparece el fetichismo de la ley. Las declaraciones sobre el poder del pueblo y la imagen del gobernante, como servidor de las instituciones, no son distintas de cuanto el lenguaje oficial ha expresado desde hace mucho tiempo. La democracia social —eslogan de esta época— es en realidad fórmula vacía y evasiva que encubre y disimula el crecimiento del capitalismo y la perdurabilidad de sus esquemas económicos y sociales. Faltaron también pronunciamientos precisos sobre temas que pudieran parecer menores, pero que preocupan y amargan al pueblo: contener el desbordamiento de la burocracia y alcanzar la moralización de quienes —en todos los niveles— forman el aparato del Estado. Tampoco hallamos el diseño de una reforma educativa verdadera y de gran aliento. Ni el anuncio de un tratado distinto de los problemas e inquietudes juveniles. Todo el mensaje parece un eco de lo que hemos oído en los últimos años.

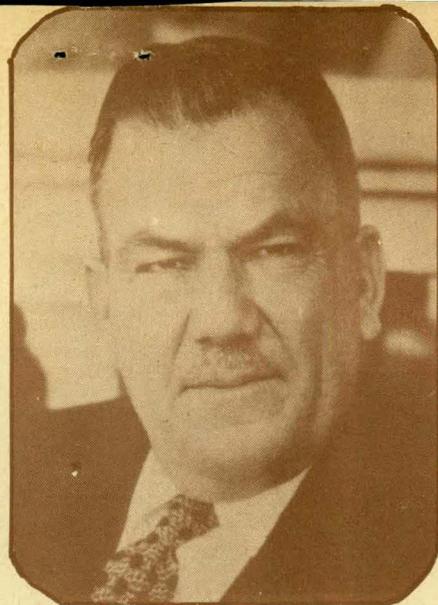
Pero hay mucho más. A menudo se juega con las palabras continuidad y continuismo. En esas divagaciones, continuidad es la prolongación del proyecto político y continuismo la permanencia de los mismos hombres en el poder. Todo, infortunadamente, parece anunciar que ambos supuestos tendrán vigencia en el próximo sexenio, por lo menos en sus primeras etapas. Se llega a esta conclusión por la visible incapacidad de los consejeros del próximo presidente —va lo hemo



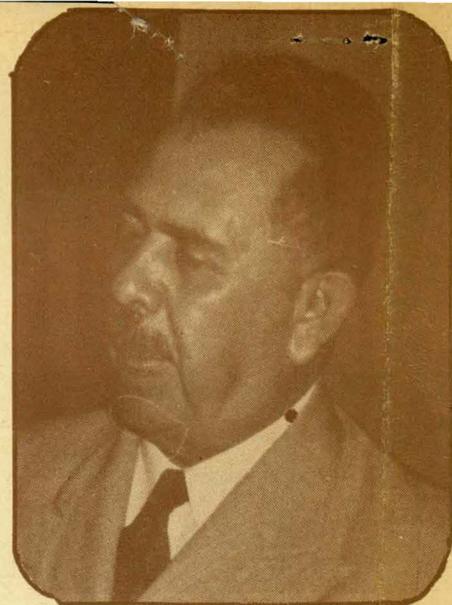
General Venustiano Carranza.



General Alvaro Obregón.



General Plutarco Elías Calles.



General Lázaro Cárdenas.



López Portillo... ahora lo roban tecnócratas.

dicho— para imaginar propósitos originales y justos que provoquen el interés y la confianza de las mayorías. Así, hasta ahora, ellas sólo abrigan una difusa, imprecisa esperanza de que algo cambiará. Sólo eso. También es cierto que el presidente electo no ha podido o no ha querido formar un grupo que releve al —en muchos casos incompetente, enriquecido y sin autoridad moral— que ahora México tolera. Si este cambio de

ombres no se cumple y el régimen futuro se levanta sobre los combros del presente, el nuevo gobernante perderá prestigio de un golpe y el país se encontrará, dentro de unos cuantos meses, cerrado en la continuidad y el continuismo. Este último, no de un nombre. Eso es, históricamente absurdo, pero sí de un grupo heredero. Es inútil recordar que dentro de los peculiares mecanismos del tema político mexicano la verdadera dimensión histórica se ha revelado siempre a través de disidencias y rebeldías. Obregón y Carranza. Calles y Obregón. Cárdenas y Calles. Y así sucesivamente. Quienes no han osado hallar su propio camino se pierden en el limbo de nuestra historia.

Quizá para evitar contradicciones en algunas democracias el régimen saliente busca acuerdos —en lo que toca a las resoluciones importantes— con el que pronto habrá de sucederle. Desde este modo se establece un lapso de cierta manera compartido que es, sin duda, útil para mantener sin interrupción el trabajo de gobierno. Conservar el poder total hasta la extinción del mandato es lícito, pero por razones políticas no es admisible que el gobierno futuro inicie su gestión obligado por crisis y conflictos en los que probablemente no intervino.

Todo esto nos obliga a detenernos en la consideración de un acontecimiento que ha conmovido a los centros del juicio público.

Nos referimos a la decapitación del diario *Excélsior*, hecho que, visto desde el ángulo de la realidad mexicana no es posible reducir a la dimensión de un incidente en la vida de la cooperativa de esa casa editorial. Esa apariencia cubre mal los verdaderos móviles. Como es sabido *Excélsior* llegó a ser el más importante diario de nuestra lengua. Creó también un estilo crítico sagaz y valeroso, que no encuentra par en el periodismo nacional, sino en las páginas semanales de esta revista. Era prueba de la libertad de expresión y del viviente pensamiento político mexicano. La desaparición —por lo menos en ese carácter— de *Excélsior* es uno de los más sombríos y penosos episodios de esta época. Por una parte en ella se concreta la pérdida del respeto que toda democracia debe a la comunicación y al libre juego de las ideas y, por otra, en las circunstancias que son de todos conocidas, la absorción de las casi totalidad de los medios publicitarios sometidos a las reglas que el Estado fije. Esto, en la clasificación de los sistemas políticos, tiene un nombre ¿cuál es?.

A los comentaristas y críticos el dramático, silenciamiento de *Excélsior* produce amarga inquietud. Demuestra cuán frágil es el escudo de garantías que suponen les ampara. Los signos son contrarios. Todo anuncia ¡ojalá nos equivoquemos! trances más angustiosos.

Tal vez tengan razón los discretos —aquellos que dijeron que hay tiempos de hablar o callar. ¡Sería tan fácil! Nada saber. Sí, amigo Plantin. Tú dijiste, en el viejo sonete, cómo alcanzar tranquilidad y paz. Felicidad de la vida. Ver pasar las horas. N'avoir dettes, amour, ni proces, ni querelle. Sí. Pero no podemos. Y otra vez frente al papel desnudo y blanco.